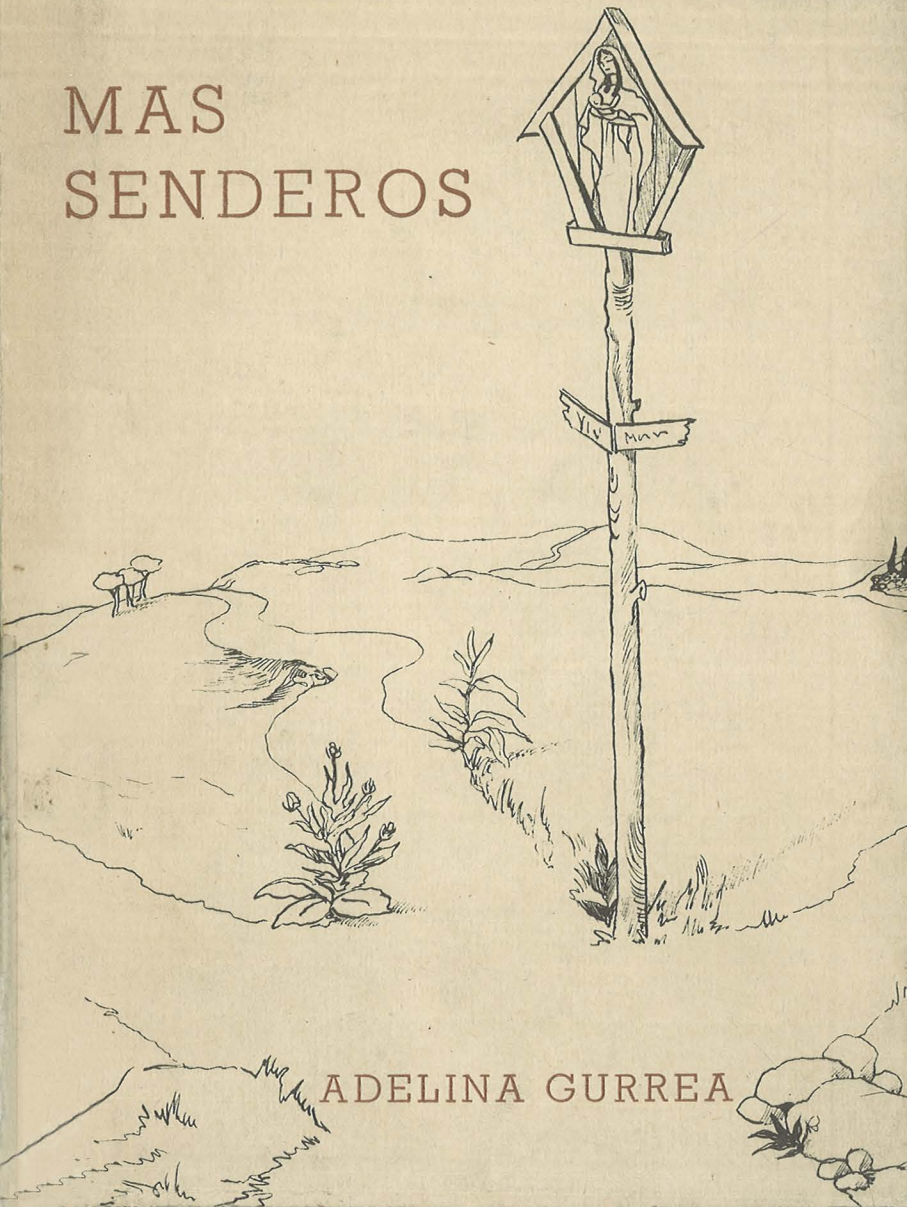
MAS SENDEROS



ADELINA GURREA

A la Biblioteca del
Instituto de Cultura
Hispánica

Adelina Gurrea

(de la Academia Filipina)

Madrid, Enero 1967.

MAS SENDEROS

ADELINA GURREA MONASTERIO

MAS SENDEROS

(POESIAS)

MADRID

Depósito legal: M. 143-1967

SUC. DE RIVADENEYRA, S. A. - ONÉSIMO REDONDO, 28 - MADRID

PROLOGO

Hay criaturas que viven su poesía. Y criaturas que la escriben. Y criaturas que la escriben y la viven. Adelina Gurrea es una de estas criaturas últimas, tan desasosegadas para desvivirse como para poetizar. Aún más: yo diría que ha nacido para ser ella poesía que vive y que escribe, de la más alta calidad y de la más nerviosa calidez humanas. Hace muchos años que conozco a esta mujer impar. Y jamás la recuerdo sino vibrante en sus misiones y en su destino poéticos. ¿Cuántas sesiones de poesía recitada y comentada habrá organizado? ¿Cuántas conferencias poéticas habrá desarrollado? ¿Cuántas charlas, y tertulias, y coloquios, de los que fue único estímulo y única gracia la poesía pura, sin otros mensajes que los eternos de belleza y bondad? Día a día de su vida amable y serena, Adelina Gurrea se ejercitó en hacerse lirismo sugerente para bien de quienes son sus amigos. Concibo a esta mujer poeta violentándose a diario para realizar cuanto su vida le exige fuera del mundo poético.

Poéticamente —y es lógico suponerlo en criatura semejante— Adelina Gurrea ha permanecido fiel a su tendencia y a su gusto líricos: el modernismo neorromántico expresado en constante adaptación a su tiempo, pero sin abdicar jamás de la ortodoxia en la tradición. Pues ella sabe muy bien que, muchas veces, las novedades y las revoluciones poéticas no son sino laberintos que llevan al caos o a la herejía genérica. Poéticamente tampoco se ha sometido a determinados temas, ni a constantes de la sensibilidad o de la mentalidad. No es, pues, ni poeta obsesa en su religiosidad, ni en su emotividad, ni en el llamado testimonio social. Gozosa en la variedad, fluye lirismo ante todo lo bello, ante todo lo capaz de originar un estado de ánimo de amor o de dolor, o un estado de opinión causante de peculiares emociones. Y así se encanta ante el paisaje, ante las escenas de costumbres tradicionales, ante los apremios enternecidos del hogar, al sencillo «tacto» de los recuerdos felices o melancólicos, al «contacto» simple de las luces y de las sombras, de la flor, del crepúsculo, de la lluvia, del silencio, de la inquietud espiritual, del gozo del tiempo hallado y del tiempo recobrado, del juego de las nubes y de las olas... Sí, para Adelina Gurrea, porque ella no busca poesía, sino que la tiene —de raíz—, cuanto ve, oye, siente, enjuicia, imagina, puede convertirse en manantial lírico siempre claro y jamás agotado.

Lógicamente, al no ser poeta obsesivamente limitada, no se ha manchado con ninguna de las subversiones poé-

ticas que la han asaltado; ni, por ende, ha tenido que refugiarse en formas poéticas duras y sin posible musicalidad, como lo son el verso blanco, el verso libre, la prosa poética, la prosa rítmica. Ella sigue fiel a las formas eternas y sirviéndose de ellas con la naturalidad con que se respira. El soneto, el romance, la octava, la quintilla, la sextina y tantos otros metros nobles y clásicos la atraen irresistiblemente. Y tiene a blasón la rima y el rítmo; y, sobre todo, mantener la melodía como contrapunto de su ideal o de su idea.

¿Cuántos poemas habrá escrito Adelina Gurrea? Incontables. Los más de los cuales han ido quedándose en esos maravillosos silos donde el poeta guarda su mejor cosecha, la que se ha nutrido más intensamente de su yo más auténtico. Pero, de vez en cuando, aun estos poetas tímidos y secretos sucumben a la exigencia de ver impresos algunos de sus poemas más sinceros y palpitantes. Con un gran ramo de estos poemas —que se le han escapado tal que hijos de la carne y de la sangre, a vivir una vida propia, a la que tienen derecho—, Adelina Gurrea publica un libro titulado Más Senderos. *Título que me parece plenamente significativo. Porque nada hay que tanto sugestione y conmueva a un poeta como la búsqueda de caminos nuevos por los que lleguen nuevas ilusiones, por los que se marchen ilusiones antiguas. En este nuevo libro queda bien patente cuanto acabo de afirmar: la presencia de una poeta tradicional, pero no anquilosada ni amanerada, sino reformándose sin escán-*

dulo, sin abdicar de su estirpe; de una poeta amadora de los metros y de las melodías; de una poeta que canta cuanto le parece bello o bueno, y que se niega a obsesionarse con ideologías o ideales ajenos a lo estrictamente lírico.

En Más Senderos *coexisten el sentimiento religioso y las efusiones familiares más nobles, la entrañable amistad, el recuerdo doliente y el recuerdo risueño, la ternura ante la Naturaleza, la fantasía suavemente desmandada, el amor de amar y el amor de caridad...* Más Senderos *es libro poético altamente seductor de una criatura poeta que conserva su vida en plena efusión lírica, como si su único destino fuera poetizar cuanto ve, toca, habla, siente...*

Federico Carlos Sainz de Robles

Yo sé...

POR una estela en flor
que refluye en mi recuerdo

Yo sé...

Que has pasado por mi vida.
Por una silente herida...
que has pasado por mi amor.

No apedrées mis remansos

NO apedrées mis remansos
que tengo mis aguas quietas,
sedimentados mis cienos,
clarificadas mis linfas:
no apedrées mis remansos
que pueden brotar tormentas.

El árbol de sus riberas
tiene un nido de la luna
con pajarillos de estrellas,

y en sus límpidos espejos
beben goces de belleza...;
no los rompas, no los manches,
no los enturbien tus piedras.

No apedrées mis remansos;
guardan respeto de vientos
y una quietud conventual
donde reposan los cielos:
tienen éxtasis de ensueños
colgados de una oración
en los brazos de la cruz,
tienen caminando a Dios
sobre el piso de su luz.

Y esa canción de tus montes,
y esa espuma luminosa
de tu loca torrentera
le están clavando temblores
a medida que se acerca

el rebrincar de tus aguas
soleadas, cantarinas.
Tuerce el rumbo de tu cauce
hacia praderas floridas.

No atropelles mis remansos
con tu loca torrentera,
ni remuevas en sus fondos
el cieno de sus entrañas,
devolviéndole sabores
de amor, lágrimas y penas:
no atropelles mis remansos
ni entorbellines sus aguas,
si no quieres que mañana,
cuando vayas a beberlas,
te sepan acres y amargas.

Te estoy queriendo

TE estoy queriendo, tú no sabes córno,
te estoy queriendo, tú no sabes cuánto,
en esta noche en que el deseo es romo,
en esta noche en que el ensueño es llanto.

Te quiero en el aroma de la rama,
en el misterio obscuro del jardín,
en el vacío blanco de mi cama
y en la blancura nieve, del jazmín.

En la nube que alumbra su contorno
con la plata encendida de la luna,
en el aire pesado del bochorno
y en el bochorno gris de mi fortuna.

En la hoja movida por la brisa,
en el siseo de la voz del viento,
en la quietud de mi inquietud sumisa
y en el silencio de mi pensamiento.

En esta noche en que el deseo es romo
te estoy queriendo con amor de llanto,
y me pregunto cómo, cómo, cómo
se puede querer tanto, tanto, tanto.

¡Cómo brilló aquella estrella!

Y cuando te iba a querer,
¡cómo brilló aquella estrella
en aquel atardecer!

Y cuando ya te quería,
¡cómo se arrobó la luna
ante la querencia mía!

Y luego que me olvidaste,
¡cómo se apagó hasta el sol
en las sombras que dejaste!

———

Preludio para la estrella,
plenitud bajo la luna
y para el sol, el olvido.

¡Qué astronómica querella
por la insondable laguna
de un amor que ya se ha ido!

Me va a ser...

ME va a ser duro cuando tú te vayas,
me va a ser duro cuando tú no llames,
me va a ser duro cuando no me quieras,
sin el vaivén del agua de tus playas,
sin la voz del bramar de tus volcanes,
sin el retorno de tus primaveras,
me va a ser duro, vivir, vivir, vivir
agonías sin metas del morir.

Añoranza

Y ¿dónde está aquel cariño
con retozos de gacela
y transparencias de niño?

¡Qué clara nuestra mirada!
¡qué frente dormida y viva!
¡qué calor, sin llamarada!

El roce de las mejillas
era de seda inconsútil
arropando maravillas.

Y el tacto de nuestras manos
brasas tenues de rubores
en subconscientes arcanos.

Las palabras, los suspiros...,
leve vuelo de jilguero
desorientado en sus giros.

Y en ansias de adolescente,
una impoluta blancura
de piel de nieve reciente.

Luz prestada de un lucero,
Angel que llega y que pasa,
ese es el amor primero.

El beso alerta y huido
con vergüenzas de pecado
y miedo a ser sorprendido,

tan difícil de guardar
clavado sobre candores
—mariposa singular—.

¡Cómo quedó en la añoranza,
sin apagarse en los valles
del tiempo y de la distancia!

¡Ay, dónde está aquel cariño
con retozos de gacela
y transparencias de niño!

Dímelo tú

DIMELO tú...
Que no sea el labio extraño
ni la penosa inquietud
los que vengan a contarlo;

ni el silencio dolorido,
ni la tristeza callada,
ni el acento de un hastío
ni el desamor de tu alma.

Yo no quiero adivinar
a través de tus reservas;
no me sirve la verdad
metiendo el dedo en las vendas.

Ven tú con el pecho abierto
y pon la herida en mis labios
y oficia tus desconsuelos
en la fe de mis sagrarios.

El secreto de tus ritos
guardaré como reliquia,
en un relicario ungido
por el culto de mi vida.

¿Qué importa que tus cantares
sean eco de otro amor?
Basta que sean tus males,
para que los sienta yo.

Y aunque me veas llorar,
y no sepas lo que lloro,

habla y cuenta hasta el final.
¡Me hace falta saber todo!

Sin que te asuste la inquieta
expresión de mi agonía,
que más que la llaga abierta
duele la cerrada herida.

Y si la herida está ahí,
bajo tu propio callar,
¿qué importa el dolor de abrir
si no puede doler más?...

Pero cuéntamelo tú...
Que no sea un vaho extraño,
ni esa tu ambigua inquietud,
los que me lo estén contando.

Infinitamente

YO te he amado en las sombras
y en los haces de luz,
sobre hielos del Norte,
bajo soles del Sur.
—Primavera, verdores,
aridez sequedad—.
En la gran plenitud,
bajo la extenuación,

el latir de mi ser
todo fue corazón.

Y por ti la dulzura
y el amargo sabor;
—éxtasis, languidez—
el placer de luchar
de caer, de morir
y de resucitar.

De ser muchas en una;
de ser una en el todo;
por ti fué la ambición
y por ti renunciar.

Yo cantaba en mis versos
y dejé de cantar
para hacer poesía
con la prosa del pan.

Yo te amaba en las sombras
y en el amanecer.
Infinitos de Vida...
¡Así fué mi querer!

Predestinación

EN el gran corazón de la Vida
una gota de sangre del mío
he dejado caer.
En el gran corazón de la Vida
esa gota de sangre del mío
te ha encontrado, en mi ser.

Vámonos a la estrella más alta.
Sembraremos luceros y besos

sobre surcos de nubes y tules;
segaremos la espiga inmortal,
que convierte el instante en eternos
ensueños azules.

Cantares

SABES comprender el mal
sabes comprender el bien,
pero no sabes llegar
al fondo de mi querer.

Caminito de tu casa
vi en tu ventana una luz;
los clavos del pensamiento
me clavaron en su cruz.

Si te quiero o no te quiero
eso no lo sé decir,
sólo sé que si me faltas
ya no sabría vivir.

Como una lágrima viva
que resbala por mi pena
es el fluir de este amor
que se pierde en tus arenas.

Si pudiera retornar
aquel amor que se fué
a quererte volvería
con aquella misma fe.

Sin agua fresca y sin sol
no puede granar la espiga,
igual le pasa al amor
dígase lo que se diga.

¡Ay penita de mi pecho...
no se lo cuentes a nadie
si ya no tiene remedio!

Y si el callar te hace grande,
calla para enaltecerte.
¡Qué silenciosa es la pena,
y qué callada es la muerte!

No creas a quien te diga
que te quiere mucho y más:
hay que callar y sufrir
para querer de verdad.

Lo que existe entre nosotros
no lo debe de saber
más que Aquél que está en los cielos
y nuestro propio querer.

Perfumes que se destapan
y cariños que se cuentan
aunque sean ricos y hondos
se van quedando sin fuerza.

Que fácilmente se acepta
la perfidia y la maldad,

cuando alguien quiere ser bueno
nadie cree la verdad.

Si para que sea feliz,
precisa que otra le quiera,
Señor, dale ese cariño
pero que yo antes me muera.

No son sólo las palabras
las que se llegan a oir,
también se oyen los silencios
y esos hacen más sufrir.

Si ya sé que estás jugando
conmigo y con mi querer.
Pero quiero huir de tu vera,
y no me puedo mover.

Oyelo bien, de una vez,
ni lástimas ni limosnas;
estoy hecha a la abundancia
y no sé vivir de sobras.

Limosnitas del cariño
no me vengas a ofrecer,
mi pecho sabe sufrir
igual que sabe querer.

Y si algún día el Buen Dios
te pidiera cuentas de esto,
di que todo lo sabía
y lo estaba consintiendo.

Me gustaría saber
quién es la moza garbosa
que me roba tu querer.

Y también me gustaría
saber con todo detalle
cómo te correspondía.

Dile, hojita que te vas
por los caminos del mundo,
que le quiero de verdad.

Y dile cómo me muero
por los besos que me faltan,
por la tristeza que llevo.

Solito pa mi le quiero,
haz que no le mire nadie
¡Virgencita del Consuelo!

Piropos

LA fachada del Cielo
lleva tu cara;
es tu boca la puerta
y son tus ojos.
sus dos ventanas.

Y es ese hoyito
mirilla acogedora
para el que quiera
mirar la gloria.

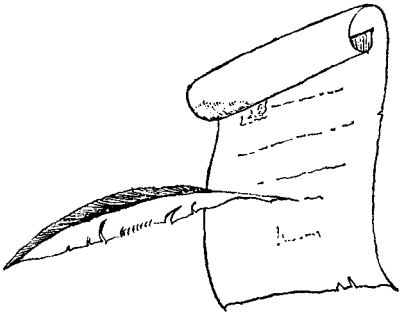
———

Callandito, callandito
te voy mirando la cara
y me paro en ese hoyito.

Callandito y sin tocarlo
lo voy llenando de amor
hasta que logro borrarlo.

Y lo voy desenterrando
porque me muero de pena
cuando no lo estoy mirando.

A los jóvenes



DESEO que la escoria de la vida
no ahogue el fuego azul de vuestros
sueños,
para que comprendáis que la grandeza
no está en el triunfo, sino en los empeños.

Yo llevaba cantando

YO llevaba cantando en el corazón
una poesía fresca de sinrazón,
la divina ceguera del «yo qué sé»,
la impetuosa corriente del «y a mí qué»
y la saeta de oro del pensamiento
apuntando a una estrella en el firmamento.

Hoy no canto, calculo con la razón
una prosa de seca desilusión
la mirada ya capta cada «porqué»
el andar de mi río medita y ve,
y el dardo enmohecido del desaliento
traza bajo la tierra un presentimiento.

Con tañido de campana

NIEBLA sobre la ciudad
humo del aire y del frío,
infinita soledad
del azul corazón mío.
Niebla sobre la ciudad.

Sudor de atmósfera plena
en la tristeza de Enero,
difumino de la antena

vegetal y del sendero.
Sudor de atmófera plena...

Invitación a ensoñar
langores del corazón,
a desprender del telar
los hilos de la razón.
Invitación a ensoñar...

Con tañido de campana
de mi torre azul-bermeja
aquella historia temprana
que se está quedando vieja.
¡Con tañido de campana!

Si es verdad, Señor

SI es verdad que lo pequeño es lo que cuenta
para la suma de tu inmensidad,

si es verdad que los momentos son el tiempo
para el «por siempre» de tu eternidad;

si es verdad que en el calor de tus rescoldos
fundes el oro de tu caridad;

si es verdad que con residuos de lo innoble
colmas tus campos de fertilidad...

Si es verdad...

Qué alegría en la bacteria y el insecto
al sentirse en tu todo una unidad;

qué pulso de gran goce habrá en lo raudo
eslabonando tu perennidad

en la chispa, al saberse reintegrada
al crisol en fusión de tu Verdad,

y en el fútil deshecho valorándose
de tus cosechas en la variedad.

¡Si es verdad!

Si no lo fuese, haz que lo sea, haz que lo sea.
Dale al pequeño su grandiosidad.

Pero que ignore su pujanza y que no pierda
la virtud, aun mayor, de su humildad.

Rebeldía nostálgica

YA nada suena a entonces, nada suena...
Todo chirría ahora su estridencia,
la música es bramido de tambores
ahogando suavidades de cadencia.
Sólo aguijón contiene la colmena,
la miel no se hizo o se secó en las flores.

El cerebro encabrita su pirueta
con rebrincos hacia lo original
y ambicionan la gracia del poeta
agrias caricaturas de verso existencial.

Ya nada suena a entonces, nada suena.
La charca tiene ranas, ranas, ranas,.
Y todo es charca... sin lagos y sin mar;
mar con su luna llena
o rocío en la luz de las mañanas.
Sólo charcas...,
charcas con su croar, croar, croar.

Ya nada suena a entonces,
hasta el ultramoderno genial predicador
exhorta con cornetas y con bronces,
sin esquilas que llamen al amor.
Se pretende rezar y no se reza
pues la oración reclama aquel acento
sencillo de la paz de la pobreza,
lejos del tono agrio y del resentimiento.

Ya nada es como antes,
la humanidad se entorbellina el corazón
con locuras de títeres tremantes,

los unos se hacen cientos, los cientos se hacen
miles
para un solo rebaño en frustración.

Todos somos iguales,
se extinguió la ordenada variedad.
Todos queremos molicies, carnavales...
todos somos iguales...
¡Ruines payasos de la Humanidad!

¡Señor si no me recoges!

YUNQUE y yunque el corazón,
tanto martillo ha tenido
que es solo duda en sazón,
ya no siente lo sentido.

Y de callar y callar
mudo se me ha hecho el sentir,
ni siquiera sé llorar,
ni siquiera sé sufrir.

Si lo que era ya no soy,
¿quién hay en lugar de mí?;
si adonde iba ya no voy,
¿qué otra llegará hasta Ti?

Y al quedarme en el camino,
Señor, si no me recoges,
¿cuál ha de ser mi destino?

San Juan de la Cruz

MAS que hombre, poeta;
más que poeta, místico;
más que místico puro,
del puro misticismo la quimera...
Más que corcel, saeta;
más que saeta, elíptico
trazado del raudo proyectil,
y aún más... velocidad suprema de la luz

arropada en la estratoesfera,
y más y más, el rito
de lo eterno y de lo infinito.
¡San Juan de la Cruz!

Pero firme en la Tierra.
El se bajó su Cielo
para gozarlo en pena de nostalgia,
en dolor de embeleso,
desvelando su amor con clara gracia
junto al césped verdal de la pradera,
junto al regato que estira su canción
sobre el declive en flor de la ladera.
Y el viento, el mar, la nube,
la aurora, el mediodía o el ocaso,
cabezal nada más para el romero,
etapas de jornada hacia Jesús,
estaciones del viaje de su espacio,
abastecimiento espiritual en vuelo.
¡San Juan de la Cruz!

San Juan, San Juan, San Juan,
tres veces santo.
Por su paso de ardores sobre el hielo,
quemándose y quemando su respiro,
desmenuzando el corazón con llanto
de impaciencias en vilo.

Por sus sueños, soñados en silencios
de comunión con la naturaleza:
retozos de aves, corzos y gacelas,
gemidos, ¡ay!, de amores, y preces bajo templos
de boscaje —vegetales santuarios—,
urgiendo en duermevela presencias del Amado
sobre los «sin caminos» de espinosas veredas.

Y por su vuelo...,
rayo de abajo a arriba, espiral
de la cima a la luna,
de la luna a la estrella;
siempre de Dios a Dios.
Angel al fin, en órbita, descentrado y centrado

en torno al Creador,
satélite inmortal
por el vacío de ensombrecida luz.
Girar, girar, girar,
¡SAN JUAN DE LA CRUZ!

La Cena

LA Cena fue la cruz de Tu milagro
y Tu milagro en cruz para el amor;
amor que ancló Tu nave entre los hombres;
espiga y vid del surco de Tu agro
hechas carne; presencia del clamor
con que llamas a todos por sus nombres.

Con que llamas a todos, sin respuesta,
mientras flotan las horas silenciosas
sobre el sagrario obscuro y solitario,

prolongando en la noche y en la siesta
de los siglos la espina sin las rosas
y el tormento de sed de Tu calvario.

La Cena fue la cruz con que eternizas
agonías del huerto y del camino,
quemándote en la herida desangrada,
y ese milagro en cruz con que nos izas
a cumbres donde otea el peregrino
su sendero hasta Ti desde su Nada.

Tu soledad absoluta

CUANDO Caifás te acusaba
llevabas tensa tu vela.
Navegabas, navegabas
ocasos que amanecían.
La mano sobre el timón
enfilaba tu bajel
entre islotes de rencor.
Eras Hombre, y eran hombres
los que aún te acompañaban.

Rasgadas las vestiduras
la barca se te encalló
en la dureza rocosa
del hebreo corazón.

Aún no asomaban los peces
para tus redes de amor
y la barca quedó aislada,
pero eran odios humanos
los que aún te acompañaban.

Cantó el gallo y la punzada
descolgó tu corazón,
lo diste en una mirada
y el apóstol recordó.
Pedro lloraba, lloraba,
la soldadesca escupía...
Negaciones, salivazos,
aún, aún te acompañaban.

Pero luego...
Aherrojado en la mazmorra,

—pulsos colgados y tensos—,
miraste al cielo y sin él
todo se te hizo silencio.
Ya no mordía tu pena
ni la malicia ni el odio;
cuatro paredes de roca
sobre el temblor de tu angustia
te subieron a la boca
el sabor del abandono.

Ya no sonaban los pasos
del amigo y del apóstol
en la empedrada vereda,
ni el «hosanna» de los ramos
ni el fervor de gente buena.
Ni la sombra del olivo
te daba la bienvenida,
ni las aguas de los pozos
para tus Samaritanas,
ni la cabellera triste
de María de Magdala.

Que aunque cantasen los gallos
su canto se perdería
sobre el rencor de los hombres
endurecidos de arriba.
Tu rebaño disgregado,
tu fe negada y negada,
y en cercana perspectiva
una cruz sobre una cima.
¿Dónde estaría tu Madre?
En ninguna parte estaba.
Las horas mudas, sin tiempo,
sobre tu cuerpo dormían,
y una humanidad de siglos
desfilaba con sus lacras.
¿Dónde estaría tu Madre?
Aunque estuviese no estaba...
Tu soledad, absoluta...
Ya todo, Nada importaba.

La Verónica

ERAN flores bermejas en las losas
los pasos de Jesús el Salvador,
en su rostro sangrientas mariposas
cegaban de sus ojos el verdor.

Blandían su rencor hombres y cosas,
el silencio encogíase en pavor,
sólo un llanto rociaba misteriosas
congojas de piedad o santo amor.

Avanzó con un lienzo hacia Jesús,
a desvelar la luz de su mirada,
con místico valor, una mujer.

A El se le hizo ingrávida la Cruz,
Y del lienzo la imagen regalada
sintió ella en su pecho florecer.

Villancicos

EL Niño llora que llora...
le dolía el corazón.
Los pastores exclamaron:
«El Niño pide turrón».

El Niño llora que llora...
«Eso es que quiere mamar».
La Virgen le acercó el pecho,
pero no le hizo callar.

El Niño llora que llora...
lloraba ¿por qué razón?
Allí nadie lo sabía.
¡Le dolía el corazón!

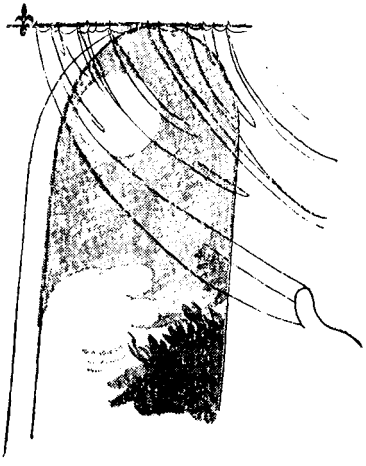
El Niño dormido estaba
soñando con angelitos,
una mosca se posó
sobre sus ojos bonitos
y el Niño se despertó.

«No despiertes a mi Bien».
San José la reconvino.
Y la Virgen, con dulzor...
«Si sólo a besarle vino,
no la trates con rigor».

El Niño nada decía
porque no sabía hablar,
pero intentó sonreir,
como queriendo explicar
que El sólo vino a sufrir.

Y convirtió a la mosquita
en un rayito de luna
que entrase por la ventana
y le besase la cuna
hasta llegar la mañana.

Las estrellas



LAS estrellas tienen sueño
y se han echado a dormir
sobre el lecho casto y bello
de una nube plata y gris.

Cántales, luna, una nana,
infantitas de áurea luz...,
y arrópales la mirada
con cendales de aire y tul.

Nocturno embrujado

LA modorra del viento ha clavado el paisaje
sobre el cuadriculado del blanco mirador:
la quietud silenciosa de la noche en anclaje
encierra en las vidrieras la sombra de la flor.

Un marasmo absoluto paraliza la hora;
ni un insecto, ni un ave, dan su voz a la luna,
el jardín desmayado calladamente llora
su inercia reflejada por fingida laguna.

¿Dónde está el corazón de la brisa nocturna,
y dónde su latido que ensueña el plenilunio?
Se han quedado en la sombra sepulcral de una urna
sellada con sopores de la noche de junio.

Una noche irreal, una noche sin alma
ahogando las voces de la esquila y del viento;
una noche tan muerta en su manto de calma
que ha parado hasta el pulso del viril sentimiento.

¡Ay la noche dormida, ay la noche medrosa
bajo la luz marfil de la luna en creciente!
Se olvidó de acunar un ensueño de rosa
y el inquieto pavor nos infiltra y nos miente.

¿Qué preludio, de qué aquelarre eres, noche?
¿Qué conjuro infernal encandece tus labios?
¿Y de qué exorcismo fantasmal eres broche?
¿Con qué gnosis te vistes que la ignoran los sabios?

O eres sólo una noche en hipnosis cautiva
expiando el pecado de pasadas locuras
cuando, cómplice vil, a la virtud esquiva,
arropabas lascivias en tus horas obscuras.

Enigma indescifrable de los signos del cielo,
misterio de ese mundo invisible y sellado...
Sólo sé que también has frenado mi vuelo
y has dejado mi espíritu en tus fondos
anclado.

Noche nevada

BLANCA se ha puesto la noche,
blanca de nieve nevada.
Los lobos de la ciudad
se alejan en su manada.

La noche está silenciosa,
presumiendo de fachada;
¡Cómo encala los mutismos
la ventisca arcangelada!

Irradia una luz sedosa
su techumbre, iluminada
por el sueño de la luna,
en la nube desmigada.

Los faroles de la calle
hacen su guardia encantada;
lentejuelas para el velo
de la infanta desposada.

¡Ay, qué pálida la novia
en lo blanco recostada,
ya la ha cubierto de besos
flor de almendro desflorada!

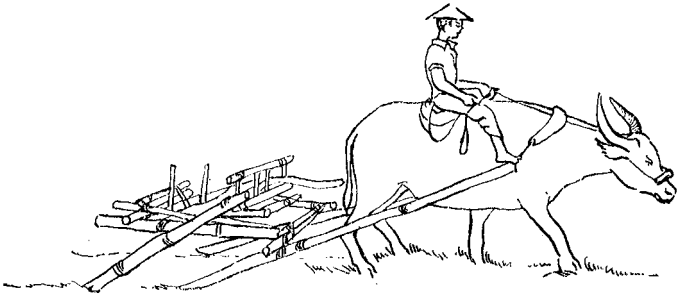
Nocturno

ESTA la noche clavada
en su marco de quietud,
por la tachuela dorada
de la luna en plenitud.

La noche está barnizada
con oro en polvo de luz,
es una tabla estofada
con ingenua beatitud.

Está la noche encantada
por una varita azul,
y mi nostalgia hechizada
es de luna, noche y tú.

La Patria



LA patria no es meridiano,
ni es un punto cardinal,
ni clima, ni latitud,
ni la piel, ni lo racial.

La patria es la luz primera
que retoza en la mirada,
el primer aire del niño
en su primera jornada.

El paisaje que ilumina
la más infantil visión,
el piso para sus juegos,
el amigo, el corazón.

El cabezal donde afloran
los sueños de adolescencia
y el despertar misterioso
que sacude la inocencia.

Es lo que nunca se olvida,
es lo que siempre se añora,
es el «ayer», el «mañana»
y, sobre todo, el «ahora».

El regazo tibio y puro
del suelo en que se ha nacido.
La patria, un inmenso abrazo
con que se nos ha ceñido.

Mi Isla de Negros

¡AY mi Isla de Negros, mi Isla de Negros!
Se me ha hecho el corazón
de la forma volcánica
del Canlaón (1).

Con su fuego perenne pero callado...
apenas un suspiro
de cenizas al aire...
espiral, giro...

(1) El Canlaón es el nombre nativo del volcán Malaespina que abre su cráter sobre un cono ciclópeo en la cadena montañosa que divide la Isla en dos partes longitudinalmente.

Régulo del espacio, señor de nubes:
un penacho en la boca
finge bostezos de humo.
¡Incensario de roca!

Otras veces, gorguera para su cuello.
Y en la perilla
de la V de su cráter
la maravilla...

Dormidas en su falda las nubes son
faralaes cansados,
haciendo penitencia
por sus pecados.

¡Ay mi Isla de Negros, mi Isla de Negros...!
porque es tu Canlaón
cono para holocausto,
flor de oración...

¡Qué oficiar de celajes
arropa lejanías
de ensoñación...
¡Mi Isla de Negros, mi Isla de Negros, mi
Canlaón!

El Carabao

Signo cabalístico del suelo malayo,
Nigromancia clara de la sementera,
estampa grabada sobre el arrozal,
en la paz del campo eres el soslayo
de la angustia urbana, la paz placentera
a la sombra ingenua del cañaveral.

Abierta magnolia, garza blanca y leve,
toca sus tambores en tu obscuro lomo
para su «safari» de la fauna mala.

Y ese picoteo te mima y conmueve,
te ahuyenta enemigos que torturan como
los genios maléficos de tu selva rala.

Lunas encendidas, lunas en creciente
dejaron sus luces y tronos altivos
para descender, hastiadas de cielos,
a la tierra parda de tu mansa frente,
clavarse en tus sienes cual injertos vivos
y mirar los rumbos de todos los vuelos.

Negra flor de loto, nenúfar ardiente,
somnolienta boya con perfil erguido,
nirvanas tu baño de sultán malayo
bajo los remansos y el trino impaciente
de los pajarillos que vuelan al nido
en las calurosas jornadas de Mayo.

O tomas espesos barros protectores
en los lodazales de las tibias charcas
para acorazarte contra los embites
de insectos corsarios, fieros invasores

que atacan tus pistas y baten sus marcas
secando tus venas en cruentos convites.

El amplio paréntesis de tu cornamenta
guarda soluciones a la interrogante
de la vida urgente, de la urgente brega;
la lección humilde en donde se asienta
la serenidad, la fe tolerante
y el servicio diario hacia el que nos llega.

Ultimo en la fila de la trilogía
donde el pobre asienta su felicidad:
la mujer, la casa y tú, buen amigo,
pero sí el primero en la filosofía
de esa misma dicha, la conformidad
y el placer humilde que lleva consigo.

Encierras los sueños de toda una raza
que labra la tierra mirando hacia el cielo
y lleva una estrella posada en la frente,
la hospitalidad abierta que abraza
y ofrece sus flores, sus frutos del suelo,
con un corazón sentido y caliente.

Y eres para el hombre testimonio austero
de la Oceanía misteriosa, arcana,
conciencia serena con auras marinas,
glebas soleadas, luces de sendero,
susurro en las cañas... gama soberana
que ennoblece el alma fiel de FILIPINAS.

El Canlaón

ES tu cabeza incensario;
llevas gorguera de nubes,
una esclavina boscosa
y manto real de esmeralda.
Tu campiña —caña dulce—
tiene un verde de ternura
y otro obscuro de altiveces
que empenachan sus cimeras
con las plumas de sus flores.

Llevas sueños de los cielos
y fuegos en las entrañas,
gallardías en los brazos
y heroísmos en el pecho.
Bañas tus pies en las aguas
de dos mares, y tus ojos
lloran cálidos rocíos
de nostalgias misionales
y de clarines guerreros.

Eres malayo e hispano:
eres cima filipina
y cumbre ardiente española:
eres régulo y virrey,
y despliegas tus banderas
tricolores en la diestra,
de oro y gualda en la otra mano.

Eres el dios de la Isla;
un dios gentil y cristiano
que oficia sobre sus peñas
ritos morenos malayos

en sus altares las misas
de la Hostia blanca de Cristo.

Eres vigía en la torre
del baluarte, centinela
contra acechos imperiales:
eres radar que predice
ideológicas invasiones
y piráticas rapiñas
de antros internacionales.

Pero en tus calmas telúricas
inciensas las naves amplias
de la patria con las preces
por las pobrezas que suben
y las grandezas que caen.

Eres ensueño y materia,
eres leyenda e historia,
eres nebulosa y luz:
eres toda la tristeza
de lo que fué y ya se ha ido,

eres toda la alegría
de la vigencia viril
y de oteadas promesas,
eres recuerdo del tiempo
que los abuelos soñaron
y el dinamismo del cenit
para los nietos del alba.

Eres la confirmación
de tu historia protegida;
eres malayo e hispano,
eres régulo y virrey...
Eres un ancla en lo eterno
y en los tres siglos de España.

Campesino de Negros

EN su casita de nipa
vive soñando pobrezas
el labrador de la Isla.
Su corazón de gacela
lleva el paisaje del mar
verde del cañadulzal.

Mar que emerge, con sudores
de su frente y de su brazo:
la aurora pone en los brotes
potencias de su trabajo
y el véspero refrigera
tan ardorosa faena.

Verde mar que crece irguiendo
su superficie ondulante
cuando es sembrado pequeño
con nostalgias de oleaje,
y el arado lo navega
rubricándolo de estelas.

Extiende luego sus aguas
sobre la Isla, la embruja
con jades, con esmeraldas,
y brillan en sus espumas
las lágrimas del labriego,
las gemas de su desvelo.

Labriego que entre ternezas
lo arropa con su humildad
en un silencio sin quejas
e ignorando lo que da
dora las playas, de azúcar,
¡Milagros de su amargura!

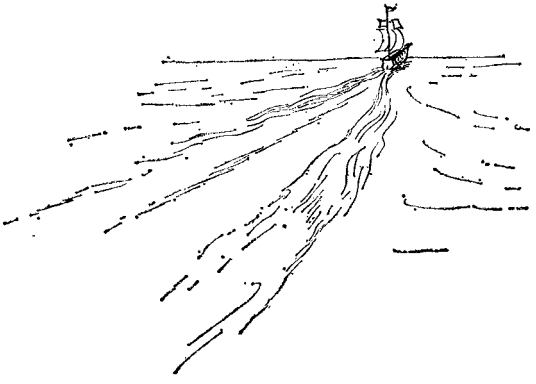
El mar ya se ha hecho cosecha
y otro anegará la Isla
de edulcorada riqueza.
Tras cada misión cumplida
él contempla el Canlaón
que le habla del Dios de amor.

Y es feliz bajo el cocal,
o junto al río cansado
que lame el cañaveral...
bajo el mango y el papayo...
O contando las estrellas
de las nocturnas leyendas.

Cañipajizo es su hogar,
tibio como la mañana;
en él masca buyo y cal,
su morisqueta granada
y un pescadito que el sol
seca y le da más sabor.

En su casita de nipa
vive soñando pobrezas
el labrador de la Isla.
Su corazón de gacela
es el llano patriarcal
del verde cañadulzal.

Conocer



CONOCER al hermano
cuya sombra camina
paralela a la nuestra,
al que presta su mano
a la otra cansina
o que está menos diestra.

Conocer las estrellas
de las ciencias, y el canto
de la alondra en las artes
y en las letras tan bellas:
al atleta y al santo
con sus cien estandartes.

Conocer... ensalzar
y trazar sus semblanzas
para altares de gloria,
que los siglos del mar
eternicen bonanzas
sobre estelas de historia.

A John F. Kennedy

TE fuiste sin haber
empujado tus sueños
hasta la honda laguna
azul de tus empeños.

Te fuiste cuando ardían
tus fiebres prematuras,
soltando las palomas
para hermandades puras.

Te fuiste enardecido,
abriendo los caminos
por donde todo hombre
llegase a sus destinos:

cuando cruzabas campos
sembrados de odio y muerte
y lanzabas un reto
al mezquino y al fuerte.

Al fuerte encastillado
en sistemas sociales
que albergaban los siete
pecados capitales.

Te fuiste, no, te echaron
al negror de la nada
frenando los corceles
de tu marcha dorada.

Una marcha, sin prisas,
de ingenuidades puras
incrustadas en lógicas
y tenaces locuras.

Desarmado de todos
los ingenios guerreros
era tu mansedumbre
la que abría senderos.

Tus encalmados vientos
derribaban castillos
enhiestos en las rocas
altivas de los siglos.

¡Qué temblor de firmezas
engraciaba tus ruedos,
y qué firmezas trémulas
incesaban tus dedos;

qué rosa en tu cerebro
segaba los espinos
del mal que te atajaba:
el mal de los caminos!

¡Qué emoción de milagros
sacudía tus frondas,
y qué molinos quietos
encalmaban las hondas

aguas de tus destinos!
¡Qué soplo de mujer
rizaba las tranquilas
balsas de tu querer!

Y siendo así lograron
destrozarte la frente,
arrancarte las alas,
cortar tu vuelo ingente.

Sin dejar que colgases
en lo alto de los cielos
una humanidad pura
de fraternos anhelos.

Sin haber navegado
la barca de tus sueños
por la clara laguna
azul de tus ensueños.

Sueño de ángel

A una pianista.

EL arte es de los ángeles un sueño,
y un ángel se ha dormido entre tus manos,
para soñar en grande y en pequeño
el nocturno tan quedo de tus «pianos».

Hay luz en los latidos de tu pecho,
y hay luz entre las sombras de tu frente,
surco para sembrar en tu barbecho
de rosas musicales la simiente.

Se rompió de tu gleba la corteza
y nace un surtidor hacia los cielos
en una apoteosis de tu agro,

que al hacerse cadencia de grandeza
y acorde palpitante en tus anhelos,
cumple del sueño angélico el milagro.

Eres..., pero...

ERES sol, eres sol, eres sol...
sol tan vivo y refulgente
que, sólo velado, emanas
luces suaves de poniente.

Eres lluvia, eres lluvia, eres lluvia...
de un huracán prepotente,
si se encalmaran sus vientos
germinaría simientes.

Eres río, eres río, eres río...
con ímpetus de torrente;
cuando el remanso le frena,
¡qué caricia es su corriente!

Eres fuego, eres fuego, eres fuego...
pero fuego tan candente
que sólo cuando se apaga
da calidez al ambiente.

Sol y lluvia, río y fuego;
frena ese pulso inconsciente,
para acunar el sosiego
de un atardecer doliente.

A Juan José y María Luisita

En el día de su boda.

EL amor es fuente y río,
fuente y río, playa y mar,
viaje de tierra y de cielo;
un hilo en su primer pío,
luego torrente al bajar
y remanso al fin del vuelo.

Tiene un rebrinco gozoso
retozando su nacer,
y el glu-glu de su fluir

se hace cantar amoroso
en el regato, al sorber
distancias de su vivir.

Se estira por la ladera
con prisas de libertad,
de jornadas y de metas.
¡Espumas de primavera,
frescores de claridad
en subconsciencias secretas!

Desemboca en la llanura
con más lecho y más orillas.
¡El mundo se hace mayor!
Su paisaje de ternura
abarca otras maravillas.
¡Ya ha madurado el amor!

Ahora es camino y espejo;
es ejemplo, caridad;
creación, aliento y riego;
recoge todo reflejo,

madura su densidad
en remansos de sosiego.

Le enriquecen afluentes
dilatando sus andanzas,
ya tiene muchas riberas,
ya tiene muchas corrientes,
juveniles remembranzas
de sus jornadas primeras.

Va acercándose a la playa;
descansa su lento andar
en ensueños dilatados,
medita, piensa y ensaya
el salto sobre la mar
de los confines dorados.

Enfrente, horizonte, linde,
arenas, barra, oceano,
y cumplida su misión
el amor su viaje rinde
conducido por la mano
ideal del corazón.

Vosotros sois el amor,
Juan José, María Luisita.
Las jornadas del camino,
hacedlas con el fervor,
del que acude a la gran cita
de un fin eterno y divino.

Capitán

(A la memoria de un patriota que no pareció serlo.)

CAPITAN en la mar fuerte,
en el gris de anubarrados horizontes
presagiando sus alertas.
Cuando el miedo iba prendiendo en cada mecha
el amago de los pánicos veloces,
Capitán, con qué serena laxitud
desplegaste el varillaje

de tus alas gigantescas
planeando tus alientos
sobre turbas temerosas.
¡Sembrador de los sosiegos!

Mano dulce, mano hermana,
tu cerebro en corazón...
suave derramar de óleos
sobre un nacido escozor.

Capitán en las borrascas,
voz de mando sobre el puente;
«Largad velas», «Mar afuera»,
y el chirrido de las jarcias,
el crujir de los maderos,
el gemido de las velas,
el abrirse los abismos,
el surgir sobre las crestas,
el barrido de las olas,
y tu faz sacrificada en las miradas
de la angustia de tus hombres...

y las horas, y las horas, y las horas,
embriagadas de borrasca
alargándose en la muerte.
De repente... el clarín de tu palabra:
«Firmes todos, resistid que viene el alba».
Y un murmullo sobre el viento:
Ya amanece, ya amanece, ya amanece.

Mano sabia, mano experta,
tu cerebro luchador
soslayando los flagelos
de la déspota invasión.

Capitán en el ciclón devastador,
la mirada en las alturas,
brazo fiel sobre el timón,
y en ausencia de la luz,
sin estrellas y sin faros
y sin nortes y sin rutas,
tu corazón, capitán,
sexto sentido en la noche,

tu corazón de radar.
¡Y el latido de un aliento que sostiene!

Mano dura, mano audaz,
tu cerebro esgrimidor,
para asestar la palabra
sobre falacias sin Dios.

Capitán, marinero capitán,
despreciador de aguas dulces,
de lagunas en quietud
y de cerradas bahías.
Bandera roja y azul
sobre el blancor de las nubes,
tres estrellas para el alba
y en el día, arriba el sol,
ésta es la enseña tatuada,
marinero,
sobre tu pecho señor...
regusto de viento y sal,
alma abierta en la alta mar.

Bajo tu mirada oblicua,
¡qué oculto tu avizorar!;
bajo cenizas pisadas,
¡qué amplias llamas contra el mal!

Tú supiste navegar
las montañas encrespadas de las aguas,
y has sabido mantener
tu navío vertical,
cabalgando sobre el lomo
de las olas desbocadas.
Tú supiste, capitán,
presentir acantilados y arrecifes,
y has sabido maniobrar tu marcha atrás
desollándote en virajes,
y fingiste claudicar
entregando como rehén toda tu hombría,
con la hombría aún más excelsa
del viril renunciamiento,
por salvar casco, velamen y bandera
del navío de tu mando,

y a través de una escollada oscuridad
conducirlo hasta su anclaje
en la rada del honor
y el peñón de la más firme conquistada
libertad.

¡Capitán!
Estallamos una salva
de irrumpidos corazones,
que lanzamos
en cohética ascensión
hasta el místico lucero
de tu paraíso astral;
diadema para tu frente, escabel para tus pies,
fulgencias para tu nombre.
Tu nombre, gloria y corona...
¡Capitán!
¡Laureado seas con él!

Enrique Fernández Lumba

Latido constante y férvido de lo hispano en Filipinas.

ESTE gran caballero, fe y virtud franciscanas,
nos viene día a día, sus torres levantando
para cantar en lo alto, con voz de sus campanas,
del habla castellana, el «cómo», el «qué» y el «cuándo».

El «cómo», el «qué» y el «cuándo» de raíces
hispanas:
cómo en tierras malayas se fueron arraigando,
qué injertos dieron frutos a las flores paganas,
cuándo soles cristianos los fueron madurando.

Agua mansa, sin truenos, sobre reseco
ambiente,
el hilo de su verbo encarrila un aliento
que quiebra indeferencias con voz de lo silente.

Va horadando la roca su gota persistente:
ya le están escuchando el pájaro y el viento;
mañana será un pueblo la flor de su simiente.

A D. Antonio Abad

PORQUE eres campeón y eres campeador
de letras españolas en mi oriental solar,
mereces, don Antonio, que en un volcán en flor
quememos los inciensos del hispano parlar.

Tamaraw de la historia, ojo en ristre, avizor,
tu racial geografía tuvo llave y herraje
cuando en rama malaya, con injertos de amor
florecieron tus rosas de la fe y del lenguaje.

Ni sierva del Japón, ni con las tierras chinas:
ni relámpago gris de sajonismo en ruinas,
quieres patria afincada en el ayer-mañana;

arreboles de siglos nimbando sus corolas,
con una cruz plantada en medio de las olas
malayo-occidental y malayo-cristiana.

A Blanca de los Ríos

BLANCA de los Ríos, de los ríos hondos:
rebalsas dormidas bajo las edades
donde buceaste, raptando en sus fondos
las claves doradas de las cien verdades.

Ríos soterrados en sus cauces mondos,
con las aguas frías, frías de saudades,
que tú levantaste hasta soles blondos,
y las condujiste a sus heredades.

Con corrientes puras cubriste los prados
para la sed santa de los olvidados,
y hasta mi caliente tierra filipina

llevaste el regato de tu azul paciencia,
que nos trajo airoso toda la evidencia
del arte del fraile Tirso de Molina.

Gento

(Jugador internacional del Real Madrid.)

JABALI en pies de gamo tu carrera,
búfalo en la refriega tu embestida,
vibración juvenil, hervor de vida,
floración muscular de primavera.

Si acosa el enemigo, como fiera
acorralada oteas la salida.
La ansiedad en el aire suspendida
ve surgir el milagro que ya espera.

Con artes de regate y de reflejo
trazas la filigrana de tus pases,
forjando ya el servicio o la internada.

Y tras un gambeteo tan complejo
de cualquier enemigo te deshaces
cerrando en gol o en centro, la jugada.

Di Stéfano, Rial, Marquitos

(Goleadores en la primera Copa de Europa ganada en París por el Real Madrid.)

DI STEFANO

DISPARARON las Pampas su saeta,
con el oro del sol sobre su pelo,
en sus ojos azules, todo el cielo,
y en sus pies alas de ángel y de atleta.

Nos trajo desde lejos la receta
del arte y de la fuerza a pleno vuelo:
con la sangre hace versos sobre el suelo,
con la frente los goles en la meta.

Se mueve como arcángel por su mundo;
el duende del balón humildemente
va granando la espiga de su agro

y cuando arranca con su «sprint» profundo
surge el dios, viril, joven, prepotente,
del asombro, la gracia y el milagro.

Rial

TU mediana estatura se agiganta
con la grandeza en llama de tu pecho;
eres la inspiración y el cauce estrecho
que conduce, contiene y amamanta.

En tus pies el balón suspira y canta
o se para a mirar, corzo en acecho,
el fondo de la red para su lecho
y el camino en zig-zag para su planta.

Y trenzas los instantes de tu hora
salvando las rudezas y las vallas,
príncipe del soslayo y la cautela,

hasta que en un relámpago de aurora
duerme el balón en gol bajo las mallas
como una araña, en paz, sobre su tela.

Marquitos

TU que eres todo hombre, todo hombre
en tu joven envase, casi niño,
pero con sangre de racial aliño
por cauces de un valor limpio y sin nombre:

tú que del balompié eres prohombre
y tras tu camiseta Real de armiño
barres a Nordhal, Kopa y a Pahíño
sin que nada te asuste ni te asombre;

tú que eres precisión, fe e insistencia,
surgidas desde el fuego de tu entraña
para alcanzar las metas de la gloria,

a despecho de normas y de ciencia
llevas tu corazón adonde España
necesita estocadas de victoria.

Sendero crepuscular

Ya no son caminos reales
los que recogen mis pasos,
con sus paisajes verdales
y sus guijarros escasos.

Estrecharon los zarzales
la ruta de mis Pegasos;
quedan duros pedernales
bajo los andares lasos.

Mañana serán veredas
soledad de los caminos,
y al final de la jornada,

el pedregal de mis ruedas
donde mis pasos cansinos
se disipen en la nada.